

El desamparo de vivir sin el padre

 Carolina Esses

Setton, Yaki (2016).
Lej Lejá. Buenos Aires: Bajo la Luna, 64 páginas.

Dice el salmo 133:¹

*¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es
Habitar los hermanos juntos en armonía!*

*Es como el buen óleo sobre la cabeza,
El cual desciende sobre la barba,
La barba de Aarón,
Y baja hasta el borde de sus vestiduras;*

*Como el rocío de Hermón,
Que desciende sobre los montes de Sion;
Porque allí envía Jehová bendición,
Y vida eterna.*

*Dice Yaki Setton en Lej Lejá:
52. Hermanos queridos: todavía nos une
el mismo hogar, la misma tierra.*

*(...) Oh, padre, hemos
vivido juntos, comido juntos,
rezado juntos, ¿hay algo del habitar
la misma casa que nos haya vuelto
mejores?*

(Salmo 133)

Ya sabemos: la literatura no es otra cosa más que una sucesión infinita de reescrituras. Como en algunos relatos borgeanos, en *Lej Lejá* esta operación se exhibe, se muestra, constituye la estrategia formal del libro. Setton echa mano de una serie de escenas bíblicas fundacionales para la cultura occidental –las utilizó Faulkner, Melville, Saer– y las entreteje con su experiencia más personal. Traza el arco que lo une con la tradición judía y literaria y después ahonda en su propia experiencia. O quizás haya sido al revés. Quizás haya partido de su propia experiencia en relación a la tradición judía, esa tradición que es fundamentalmente de la práctica, del hacer, y luego haya encontrado en la literatura –el texto bíblico/literario– una manera de entenderla.

Lej Lejá cuenta la relación de un padre con su hijo. Un padre judío, con su hijo, también judío. ¿No es de eso de lo que trata todo el Antiguo Testamento y, después, el Nuevo? ¿No está la Biblia sembrada de metáforas en las que el hijo es a la vez el elegido y el pródigo, el que se queda y el que se va? ¿No se multiplican en La Torá momentos en los que Yavé es al mismo tiempo la mano que da y también la que quita? Me atrevo a decir que Yaki Setton, despliega en este libro su escritura más vital. Como si estos poemas fuesen el fruto de lo que se quiso escribir siempre, y recién ahora, después de, ¿cuántos?, ¿siete libros de poesía?, se materializara. Como si los otros libros marcaran el camino que, finalmente, lleva al centro que es *Lej Lejá*. Centro de experiencia –el retorno a la figura del padre, a la tradición paterna– y también centro de puesta en cuestión de esa experiencia.

Pensemos en la postal que Setton utilizó para difundir la presentación del libro: mostraba la fotografía de una boda, punto de partida de esta familia judía; prometía canto litúrgico en la voz del hermano del poeta: Gabriel Setton. Es decir: la puesta en escena del libro –qué otra cosa es una presentación, sino el único momento en el que el autor arma el universo simbólico desde el cual desea que se lea su texto– planteaba la superposición de estos universos: el familiar, el bíblico (a partir del título del libro) y el de la tradición judía través del canto litúrgico.

El recurso de hacer visible la reescritura va de la mano de la repetición: aquello que como en una pieza musical se repite con variación. Detengámonos en el título. *Lej Lejá*: antes de entender de qué se trata la cita, lo que tenemos son dos palabras idénticas o casi: la segunda tiene un agregado que la hace diferente. Como si se avanzara dando dos pasos hacia adelante y uno hacia atrás. Como si se avanzara poéticamente o, con una idea de lo poético embebida de cierta nostalgia (esto está en los libros anteriores de Setton, sobre todo en *La apariencia de lo espléndido* y en *La educación sentimental*). La palabra que se repite –que se acerca y se aleja en un único movimiento– es también la de la letanía. Quien reza así avanza sin avanzar, queda

¹ Texto leído en la presentación de *Lej Lejá* de Yaki Setton en el Instituto de Literatura Argentina.

detenido pero, paradójicamente, es de ese deteni-
miento del que obtiene la revelación.

Todo el libro, podríamos decir, es una gran escena de amor: la del hijo frente al padre. Los libros anteriores de Setton también exploraban la relación padre/hijo. Pero en ellos el padre era el poeta. Un padre paciente y de a ratos melancólico frente al tiempo que pasa. Ya lo trabajó en *La apariencia de lo espléndido* donde cierto cansancio o desgano que parece salpicar aquí y allá la experiencia del poeta encuentra su momento de salvación o de epifanía cuando el padre hace pis con los tres hijos en un descampado. Es esta cofradía (siempre entre varones), la que ofrece los pocos “momentos de gracia” en palabras del propio Setton. Lo mismo sucede en el poema que cierra *La educación musical*, cuando vuelve con los hijos, amontonados en el asiento de atrás de un taxi. El salto que plantea *Lej Lejá* en relación a estas escenas anteriores es la posibilidad de leerlas desde “la gran escena”, la fundamental, el momento del origen de la religión judeo-cristiana. Esa relación cerrada entre el padre y el hijo, entonces, incorpora al otro, al Padre, a Yavé, a Adonai.

En *Lej Lejá* está la partida del hijo, el sacrificio e Isaac –¿pero no es obligarlo a partir el gran sacrificio? ¿no está en ese epígrafe del Génesis el sacrificio que se le va a pedir al hijo: “Y Adonai le dijo a Abram: andate por vos mismo (Lej Lejá) de tu tierra, de tu lugar natal, e la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré”; y la muerte el padre. Son tres momentos que el libro explora hasta el hueso, repitiendo poema a poema las mismas escenas con variantes. La partida, se demora y el hijo está por atravesar la puerta de la casa familiar, está por empezar su propio camino, son varios

poemas los que bucean en ese instante en el que todo está por comenzar pero todavía no comienza “Mi corazón es silencio/ mientras se repite la escena:/ el hueco está entre nosotros,/ la puerta se abre y se cierra/ lentamente una y otra vez/ sin parar...”; luego tenemos el momento del sacrificio y el poeta es entonces no sólo el hijo que tiene que abandonar la casa paterna sino el cordero que ve a su padre levantar la mano con el cuchillo: “Confío en vos, creo en vos, veo/ a través de tus ojos, siento a través/ de tus manos, ¿o tendré que morir/ traicionado por tu amor?”; y por último otro conjunto de poemas que exploran la escena de la muerte del padre de una manera conmovedora. A partir de ahí, de la muerte del padre –que en un sentido es la muerte de Dios– son las palabras –la rescritura– lo único que salva. Ya no hay nada nuevo por decir, sino que se hace uso de lo ya dicho, se lo vuelve a decir a modo de homenaje –se utiliza lo más central de esa familia: lo judío–, y como manera de explorar lo propio.

En definitiva, si en *La apariencia de lo espléndido* la pregunta era por el cuerpo, por la posibilidad de sentir, de hacer, de nombrar; si *La educación sentimental* era el libro sobre los propios hijos, sobre lo compartido, sobre la posibilidad de la transmisión; si *Nombres propios* es el libro sobre la experiencia colectiva, política, el momento en el que el poeta asume la voz de otros para contar; en *Lej Lejá* el poeta, finalmente, se dispone a poner en palabras lo más propio, haciendo hincapié en su propia experiencia de vida, en su propia situación frente a la tradición judía y finalmente, a narrar de manera poética el desamparo que implica vivir sin el padre.